

¿QUÉ ES EL PECADO? *San Marcelino Champagnat*¹

Es ésta una pregunta que los sabios, los doctores y santos más ilustres vienen haciéndose desde hace seis mil años; una pregunta en cuyo estudio y meditación han empleado la vida entera sin que ninguno de ellos, ni todos juntos, hayan podido contestarla perfectamente. No, ni los sabios, ni los doctores, ni los mismos ángeles comprenden ni pueden explicar lo que es el pecado. Sólo Dios conoce toda su enormidad y malicia, sólo Dios puede reparar los males que causa doquiera entre.

1. El pecado es el mal de Dios porque:

1º Ataca a todas sus perfecciones, las hiere, deshonra y ultraja: Dios es la verdad, el pecado es error y mentira; Dios es la bondad infinita, el pecado es perversidad y mera malicia; Dios es pureza y santidad por esencia, el pecado es mancha, abominación y oprobio; Dios es la justicia infinita, el pecado es injusticia y desorden; Dios es unidad, el pecado es división; Dios es el ser necesario, el pecado es la nada, la carencia absoluta de todo ser. El pecado es, por consiguiente, lo contrario, lo más opuesto a Dios y a sus infinitas perfecciones: Dios es el bien supremo, el pecado es el peor de los males.

2º Echa a perder todas sus obras y lleva la turbación a todas partes; se opone a todos sus designios, arruina su gloria y aparta a todas las criaturas de su fin, que es esa misma gloria.

3º Aniquila los méritos de Jesucristo, haciendo inútil la muerte que por nosotros sufrió; pierde a las almas que el Salvador vino a redimir con todos los trabajos de su vida.

4º Aflige a Dios, ha hecho sufrir a Jesucristo, cuya pasión y muerte renueva cada día. Cuanto es de su parte, dice san Pablo, *crucifican (los pecadores) de nuevo al Hijo de Dios y le exponen al escarnio* (Hb 6, 6).

2. El pecado es el mal del hombre.

Le arrebató todos los bienes y le trae todos los males. En el alma que lo comete, el pecado produce los mismos efectos que la muerte en el cuerpo:

1º La muerte quita al cuerpo la vida, el primero y mejor de todos los bienes materiales. De igual modo, el pecado quita al alma la vida, es decir, la gracia santificante, la caridad y amistad de Dios, y al mismo Dios, que es la verdadera vida del alma. *El alma que pecare, ésa morirá* (Ez 8, 4), y Santiago añade: *El pecado, una vez consumado, engendra la muerte* (St 1, 15). San Agustín enseña también: «Muere el cuerpo cuando el alma se retira y lo abandona; muere el alma cuando Dios se retira de ella. Ahora bien, Dios se retira del alma en cuanto ésta comete el pecado mortal».

2º La muerte arrebató la belleza del cuerpo. Por muy hermosa que haya sido una persona humana, en cuanto ha fallecido, se le va la hermosura; no queda más que un cadáver horrible, espantoso de ver. El alma en gracia es admirablemente bella, más brillante que el sol; nada en la tierra se puede comparar con el esplendor que la envuelve. Al ver un alma en gracia, santa Catalina quedó

¹ Cap. 8 del libro: *Consejos, lecciones, máximas y enseñanzas*.

arrobada y tan hechizada, que afirmó: «Si la fe no me hubiera asegurado que hay un solo Dios, habría tomado a esa alma por una divinidad». Y exclamó: «Jesús mío, ya no me resulta extraño que, por una criatura tan hermosa, hayas sufrido muerte de cruz». Pero, en cuanto cae el alma en pecado mortal, pierde por completo la belleza, ya no es más que un objeto de horror. *¡Cómo se ha oscurecido el oro, y mudado su color bellísimo!* (Lam 4, 1), lamenta Jeremías. Aquella alma, más blanca que la nieve, se ha vuelto más negra que el carbón; era semejante a los ángeles y más esplendente que el sol, ahora es semejante al demonio; al perder la gracia, se le ha ido toda la hermosura, y es ahora más fea, más asquerosa, más horrible y envilecida que si se hubiera transmutado en animal inmundo. Si se manifestara en tan horroroso estado, haría morir de espanto a cuantos la vieran. ¡Oh, qué inmunda y espantosa es el alma que ha perdido la vida de la gracia! Pero aún hay más.

3º La muerte despoja al hombre de todas las riquezas: oro, plata, tierras feraces, mansiones soberbias, pericia, cultura, etc. No hay excepción: al morir, nadie se lleva nada, lo deja todo. Desnudo vino al mundo, desnudo se irá de él. «Ningún rey ni emperador dice san Ignacio se ha llevado al otro mundo una hebra de oro como insignia de las grandezas y fortuna que abandona». De igual modo, cuando una persona muere en pecado mortal, adiós riquezas y bienes espirituales; junto con la caridad o vida de la gracia, lo pierde todo: virtudes, méritos, obras buenas, etc. *Dice el Señor:: Si el justo abandonare la virtud e hiciere obras malas..., morirá en su pecado y no se hará cuenta alguna de las obras buenas que hizo* (Ez 3, 20). Supóngase el caso de una persona que ha repartido toda su fortuna a los pobres, ayunado a pan y agua durante cincuenta años, practicado en el curso entero de la vida todas las virtudes y toda clase de obras buenas. Si comete un pecado mortal, todo lo pierde: sí, todos sus méritos, virtudes, obras, preces, comuniones, todo se echa en olvido, todo perece, nada se le tendrá en cuenta, si muere con esa falta execrable. ¡Qué ruina espantosa la del pecado mortal!

4º La muerte priva al hombre de todos los sentidos: le quita la vista, el olfato, el oído, la sensibilidad. Un cadáver ya no ve, ni habla, ni se mueve.

He ahí la imagen de lo que ocurre al que cae en pecado mortal. Éste le quita la vista del alma, la luz, la inteligencia, el afecto. Ya le pueden avisar que se halla en mal estado, que se pierde y condena: ni ve ni entiende nada; camina como un ciego, como un loco, de abismo en abismo. El pecado mortal estraga todas las facultades: echa a perder la memoria, nubla el entendimiento, turba el juicio, corrompe y endurece el corazón, arruina la conciencia, debilita y extravía la voluntad, embrutece el alma y la vuelve del todo animal. Por eso, nuestro Señor llamaba a los judíos: ¡Serpientes, raza de víboras! (Mt 23, 33). Mucho peor todavía, el pecado convierte al hombre en demonio: Vosotros sois hijos del diablo (Jn 8, 44), echó en cara Jesús a esos mismos judíos. Y en otro lugar, al referirse a Judas, afirma: Uno de vosotros es un demonio (Jn 6, 70). ¡Dios mío, qué cosa tan horrible es el pecado!

3. El pecado es la causa de todas las desgracias temporales que afligen a la humanidad.

1º El pecado hace perder los bienes, los honores y todos los encantos de la vida: *Contaminaste la tierra con tus fornicaciones y maldades, por cuya causa cesaron las lluvias abundantes, y falló la lluvia de primavera* (Jr 3, 23). ¿Quién arrancó la corona de Israel a Saúl? La desobediencia. ¿Quién derribó del trono a Nabucodonosor? El orgullo.

2º El pecado arruina y destruye la familia. *Has hecho el mal delante de mis ojos..., dice el profeta Natán a David (de parte de Dios), por lo cual no se apartará jamás de tu casa la espada...; yo haré salir de tu propia*

casa los desastres contra ti (2 R 12, 911). El pecado arruinó la familia de Helí, la de Acab y un sinnúmero de ellas. Mientras Focas, emperador de Constantinopla, estaba haciéndose fortificar el palacio, oyó en la noche una voz que le dijo: «Príncipe, en vano te pertrechas y construyes murallas para defenderte: el mal está dentro, tu pecado es el que te arruina». Al día siguiente pereció él y toda su familia.

3° El pecado acorta la vida. *He aquí amenaza el Señor a Helí que llega el tiempo en que cortaré tu brazo, y el brazo de la casa de tu padre, de suerte que ya no haya anciano en vuestra familia..., y una gran parte de tu casa morirá al llegar a la edad varonil* (1 R 2, 3133). *Los hombres sanguinarios y alevosos no llegarán a la mitad de sus días* (Sal 54, 24). *Cortada ha sido mi vida, como tela por el tejedor; mientras la estaba aún urdiendo, él me la ha cortado* (Is 38, 12). Son oráculos del Espíritu Santo. El día del juicio, veremos que, por causa de sus pecados, muchas personas han fallecido antes de tiempo.

4. Para saber qué mal tan grave es el pecado, júzguese por el terrible castigo infligido a Adán por una simple desobediencia.

No bien hubo probado Adán la fruta prohibida, la ira de Dios descargó sobre él todos los males que se puedan imaginar:

1° Se le despojó de la inocencia, de la justicia original y de todos los dones naturales que la acompañaban.

2° Perdió la gracia y amistad de Dios.

3° Se vio sujeto a la ignorancia, la debilidad, la concupiscencia y el dolor.

4° Fue arrojado del Edén y condenado a comerse el pan con el sudor del rostro durante más de novecientos años.

5° Toda la creación se rebeló contra él: el propio cuerpo contra el alma; las pasiones contra la mente y la razón; los elementos, las estaciones, las bestias y los mismos hombres le declaran la guerra.

6° Se le condena a muerte, a la descomposición del sepulcro.

¿Se acabó ya con eso el castigo del pecado de Adán? No, ésa no es más que una parte mínima.

7° Por causa de ese mismo pecado, todos los hombres nacen sujetos a todas las miserias: dolores, hambre, sed, fatiga, enfermedades, muerte y podredumbre del sepulcro.

8° Todos nacen hijos de ira, enemigos de Dios, esclavos del demonio, indignos e incapaces de poseer la gloria.

9° Vienen todos al mundo envueltos en la ignorancia, la concupiscencia o inclinación al mal, y un sinfín de otras calamidades.

10° Lo que es más de lamentar, es la pérdida de una infinidad de criaturas que mueren cada día sin bautismo entre los infieles, herejes, cismáticos e incluso católicos; en efecto, todos esos niños ya no verán a Dios, porque mueren reos del pecado.

11° Juntad todos los males de la tierra: hambres, guerras, devastación de tantas poblaciones, achaques, sufrimientos, enfermedades y todo género de azotes que abruman a la humanidad. Sin miedo a equivocaros podéis decir: el pecado de Adán es la fuente funesta de todos esos males. Un sólo pecado de Adán atrajo y ha de atraer, hasta la consumación del mundo, todas esas desgracias a su posteridad.

Ahora bien, si Dios castiga así en los hijos el pecado del primer hombre, que en cierto modo les es ajeno, ¿cómo castigará los pecados cometidos deliberadamente por cada uno de nosotros? Si en este mundo, por una simple desobediencia de Adán, recae su cólera sobre criaturas inocentes, es más, sobre justos y santos, ¿qué hará frente a tantas lascivias, blasfemias, escándalos y homicidios que los grandes pecadores amontonan cada día sin el menor remordimiento? ¡Cuán terrible, Dios mío, es tu justicia, cuán incomprensible es la maldad del pecado!

5. El pecado es una acción vergonzosa, infamante para el hombre.

Por eso decía san Pablo a los corintios: *Desechamos lejos de nosotros las ocultas infamias* (2 Co 4, 2). Y san Juan afirma: *Los hombres amaron más las tinieblas que la luz, por cuanto sus obras eran malas* (Jn 3, 19). Séneca, con todo y ser gentil, comprendía que el pecado es una infamia y un oprobio: «Aunque supiera que los hombres lo iban a ignorar y Dios a perdonar, no cometería un delito, por la misma vileza de tal acto».

Sólo el pecado afrenta y sonroja al hombre. Aunque a uno le echen en cara que es pobre, ignorante, enfermo, lisiado, cubierto de lodo, desaliñado, no se da por ofendido. Pero si a esa misma persona se la sorprende en robo, fraude o lascivia y se le dice: eres un ladrón, un embustero, un lujurioso, al punto se sonroja; prueba evidente de que el pecado es una infamia y envilece al hombre.

6. El pecado es un acto de locura.

¿Qué juicio os merece Esaú que, por un plato de lentejas, vendió el derecho de primogenitura? ¿Qué diríais de un hombre si, por el gusto de probar la miel, se expusiese a cadena perpetua, o bien a arder durante un año en una hoguera? ¿Qué se podría pensar de quien, por una fruslería, por un breve solaz, vendiera la libertad, cediera toda su fortuna y aceptara vivir para siempre como esclavo, en la más dura privación? Diríais que son actos de locura.

Pues bien, el que por un pecado, un placer de un momento, una satisfacción pasajera y vergonzosa, sacrifica el alma, Dios y la gloria, y elige el infierno, es decir, penas espantosas, incomprensibles y eternas, ¿no comete un acto de locura mil veces más increíble? ¡Cuán cierto es que según afirma el Espíritu Santo *los pecadores andan enajenados!* (Sal 57, 4).

Todo pecador está loco, pues el pecado es la mayor de todas las locuras:

1° Está loco, ya que no sabe discernir lo que le resulta más ventajoso: antepone la criatura al Creador, el barro al oro, un veneno mortal a la gracia, el infierno al cielo, una satisfacción vil a la

gloria eterna. Está loco, pues se deleita en el mal, se encariña con su enfermedad, rehúye el remedio, desprecia los avisos, se cree más sabio que todo el mundo. ¡Qué estupidez!

2° El pecador está enajenado, loco, ya que a sabiendas se suicida. Si, pecadores, aunque vuestros semejantes os tengan por hombres juiciosos y avisados, cuando pecáis, dais muestras evidentes de locura.

3° Si alguien os dijera: Fulano se arrojó voluntariamente del tejado de la casa, quedó con el cuerpo magullado y se quebró todos los huesos. ¡Ay! exclamaríais, estaba loco, un delirio furioso le había turbado la razón y trastornado el juicio. Conque ¡estaba loco! Pero, ¿no lo estáis vosotros mucho más? Estabais en gracia, erais hijos de Dios y así, a buenas, todo lo habéis sacrificado, todo lo habéis perdido; habéis dado muerte al alma, os habéis hecho esclavos de Satanás. ¿Puede darse locura peor que la vuestra? ¡Con cuánta razón el Espíritu Santo llama locos a los pecadores, pues prefieren el mal al bien, la muerte a la vida! Decía Platón que Zeus había quitado a los esclavos la mitad del cerebro; con mayor razón podemos afirmar que el pecado se lo quita del todo a los que lo cometen.

7. El pecado mortal es una fiebre que hace caer al alma en el delirio y la mata rápidamente.

1° La fiebre comienza con escalofríos, malestar general, y acaba con ardores. El pecado grave se inicia con la tibieza, la desidia, la vagancia, y se consume en el ardor de las pasiones: orgullo, lujuria, gula. Es decir, los vicios menores, los defectillos, abren la puerta a las pasiones mayores; las faltas leves preparan las caídas peores, los pecados mortales; el descuido de los deberes corrientes, de las prácticas religiosas del propio estado, preparan el alma para el abandono de los deberes más importantes del religioso y del cristiano.

2° La fiebre estraga el gusto, elimina el apetito y las ganas de comer. El pecado grave mata la piedad; el alma queda sin fuerzas para elevarse hasta Dios; la oración le causa tedio; nada le resulta más penoso que entregarse a ese santo ejercicio, pues no se atreve a comparecer ante Dios; igual que Adán y Caín, huye de la vista de Dios: oración, sacramentos, mortificaciones, prácticas de virtud, lectura espiritual, todo eso le resulta intolerable.

3° La fiebre quita al hombre fuerza y lozanía. El pecado mortal destroza las facultades del alma, arruina la conciencia y embota la voluntad. Al entregarse al pecado, el alma se ha puesto en la pendiente de una sima, sin poder detenerse. Las pasiones tienen ahora el mando, las tentaciones arrecian más y más, y ella se siente oprimida como por el peso de una montaña; a la menor tentación, sucumbe y va rodando de abismo en abismo; ha perdido la gracia, la genuina fuerza espiritual; ha perdido la firmeza, las virtudes, los dones, todo lo que la hermoseaba a los ojos de Dios. El pecado la ha vuelto fea, horrorosa, y esa fealdad se transparenta a veces en el mismo cuerpo: los ojos se tornan apagados, la mirada a menudo incierta, la frente se cubre de arrugas, el rostro de sombras; la tez otrora pulcra, rubicunda, se vuelve pálida, plomiza; las mejillas cárdenas, hundidas, macilentas; el andar tardo y torpe. Todo lo ha devastado el pecado mortal: ha destruido cuanto había de hermoso en aquel cuerpo y marcado en él los estigmas de las pasiones.

4° La fiebre priva de la razón y hace caer en el delirio. ¡Ay!, ya lo hemos comprobado, no se da loco peor que el pecador. Se ha visto a muchos jóvenes correr frenéticos por el campo, tras haber consentido en una vil pasión. Preguntad a ese hermano joven por qué desea abandonar la vocación. Si es sincero, os contestará: Ya no puedo aguantar más aquí; sufro espantosamente desde

que caí en ese pecado execrable; ya no soy dueño de la imaginación, se me va la cabeza; la mente y la razón se me han turbado; tengo que correr mundo en busca de un sedante. Además, ya no sé ni lo que hago, ¡he perdido el juicio!

5° La fiebre es cruelmente dolorosa. Pero, válgame Dios, ¿quién puede narrar los sufrimientos del hombre pecador? ¿Quién podrá describir los remordimientos, angustias y aflicciones de toda clase, que sufre en este mundo? Pero sobre todo, ¿quién nos dirá lo que penan los réprobos en el infierno? ¡Qué verdugo más cruel es el pecado!

6° La fiebre excita una sed ardiente, abrasadora, que no se puede apagar con nada. El pecado mortal enciende en el alma el fuego de todas las pasiones. El hombre en pecado mortal arde con la llama del orgullo. Miradle el rostro: en cuanto se le roza el amor propio, se pone al rojo vivo. Miradle el corazón: está más seco que la yesca, por la fiebre de la lujuria que lo consume. Observad cómo se le apagan y desvanecen los sentimientos, con la fiebre de la ambición y la codicia de los bienes terrenales. El hombre en pecado mortal arde con la fiebre de todas las pasiones. ¡Qué situación más lastimosa!

7° Los accesos de fiebre vienen uno tras otro. El hombre en pecado mortal va de tumbo en tumbo, de un pecado grave a otro más grave todavía; comete tantas faltas cuantos pasos da; *llega a beberse la iniquidad como el agua* (Jb 15, 16).

8° La fiebre se puede diagnosticar por la irregularidad del pulso. El estado de pecado se descubre por los remordimientos, inquietudes, preocupaciones y temores. Fijaos en el hombre que acaba de cometer un acto malo: la imaginación se le exalta, la inteligencia y la razón se le nublan, el corazón se le agita, la conciencia se le desquicia, todas las facultades del alma se le trastornan. ¡Qué fácil es darse cuenta de que un alma está en pecado mortal! Pero ¡qué cosa más horrible es dicho pecado! ¡Qué situación más espantosa la del hombre en pecado mortal! Su alma es aborrecible, y el mismo cuerpo disforme y horroroso.

8. El pecado mortal es un mal irreparable después de la muerte.

Extingue por completo la vida de la gracia en el alma que lo ha cometido y hace que su muerte y condenación sean eternas. Quien, en tal trance, renuncia una vez a Dios, renuncia a él para siempre. ¡Qué espantosa duración la de un acto que parece tan breve! Dentro de cien años, de mil, de diez millones de años, preguntad a un réprobo qué es lo que le aprisiona en el infierno. Os contestará: El pecado que cometí.

Pero, después de tantos siglos pasados en ese fuego, ¿no se ha borrado la falta cometida? El hierro, el acero, el mármol y el diamante más duro se habrían derretido, calcinado, destruido, reducido a la nada hace ya mucho tiempo.

Pues no, mi pecado no se ha destruido ni borrado. ¡Está ahí entero, tan horrible, tan diabólico como en el momento en que lo cometí!

El infierno no puede destruir el pecado. Los santos, con sus penitencias, lágrimas y méritos, tampoco son capaces, por sí mismos, de borrar un solo pecado mortal. En tan deplorable situación, nada se puede esperar ni de los ángeles ni de los hombres: pueden rezar por uno, pero no borrarle el pecado. Sólo Dios, únicamente los méritos de Jesucristo pueden sacar al pecador de

la sima en que ha caído, borrarle los pecados y reconciliarle con el cielo. ¡Dios mío, qué mal tan grave es el pecado! ¿Por qué no lo comprenderemos algo mejor?

9. Dios odia extremadamente el pecado.

El odio que Dios tiene al pecado es implacable, necesario, infinito. Lo odia tanto como se ama a sí mismo, ya que es el bien soberano, y el pecado es el mal supremo. Tanto lo aborrece, que arma todos los elementos y levanta todas las criaturas para combatirlo y castigarlo. Emplea el fuego y el azufre contra Sodoma, el diluvio en tiempo de Noé, el rayo contra Juliano el Apóstata, el viento contra Jonás, el mar contra el Faraón, la tierra contra Coré y sus cómplices, los osos contra los niños que se burlaban de Eliseo, los leones contra los babilonios, los gusanos contra Herodes, las langostas contra los egipcios, la peste contra David, las llamas contra los sacrificadores profanos.

Todos los azotes que afligen al mundo tienen por fin castigar y combatir el pecado. Para luchar contra el pecado, envió Dios del cielo a su Hijo y lo entregó a la muerte. Para combatirlo, instituyó Jesús los sacramentos, el sacerdocio, y nos da la gracia. Finalmente, para combatir y castigar el pecado, Dios creó el infierno y arroja al mismo a cuantos cometen la iniquidad y mueren en pecado.

10. El temor y el odio al pecado han sido notas características de todos los santos.

Como el Sabio, todos han dicho: «Perderé todos los bienes, sufriré todos los males, antes que pecar en mi alma». Fijaos en los mártires: ¡cuánto sufrieron! Les despojaron de sus bienes, los encarcelaron, los azotaron cruelmente, fueron descuartizados, sometidos a tormentos espantosos. Preguntadles por qué se expusieron a semejantes excesos. Os contestarán: Para evitar lo que más aborrecemos, el pecado. Os dirán todos, como los primeros cristianos: Antes morir que pecar; pasaremos por todos los suplicios, antes que manchar la conciencia. ¡Ojalá tuviéramos un rayo de la luz que iluminaba a los santos y les hacía ver el pecado como el peor de todos los males, el único mal que hay en el mundo! En vez de murmurar en medio del dolor o desalentarnos ante las tentaciones, diríamos como ellos: Para el cristiano, una sola cosa es necesaria, no pecar.

Con semejantes instrucciones, frecuentemente repetidas, el padre Champagnat logró infundir en el corazón de sus religiosos el temor de Dios y el horror al pecado; les hizo adquirir la conciencia delicada que teme hasta la sombra del pecado y que en sentir de san Gregorio es la señal más segura de un alma virtuosa. Tan feliz disposición fue el fundamento de la sólida virtud que vemos en nuestros primeros hermanos. No sólo temían las faltas graves; les asustaban los pecados más leves, y su máxima era que se había de luchar sin tregua contra el pecado venial, para no exponerse nunca a la caída grave.

Dios quiera que todos los hermanos maristas tomen como norma de conducta esta máxima: Huir del pecado, aun venial, y temerlo más que todos los males del mundo.